

de guerra perpétua con los indios errantes conocidos con el nombre de Apaches, Cumanches, Mimbrenos, Yutas, Chichimecas y Tauaiases. Los presidios ó puestos militares se establecieron para proteger á los colonos contra los ataques de aquellos indios, que van armados de flechas, y montados en caballos de raza española. Desde fines del siglo xvi^o, en que Juan de Oñate formó los primeros establecimientos en el Nuevo-Méjico, se han multiplicado los caballos de tal manera en las sábanas que se extienden al E. y al O. de Santa Fe, hácia el Misury y el rio Gila, como que los indígenas no solo se han acostumbrado á comer su carne cuando les falta la de bisonte, sino que tambien se sirven de ellos para montarlos en sus incursiones guerreras. En el dia se encuentra el caballo doméstico al norte de las fuentes del Misury entre tribus de indios que, antes de la expedicion del capitán Clarke, nunca habian tenido comunicacion con los blancos, al modo que varios pueblos africanos cultivan el maiz sin saber por cual conducto les ha venido esta planta. Es una fortuna para los colonos de la Sonora y Nuevo-Méjico que los indios vecinos del rio del Norte no conozcan el uso de las armas de fuego, que son tan comunes entre los salvages del Canadá oriental.

La tropa mejicana de los presidios está en continúa fatiga. Todos los soldados son naturales de la parte setentrional del reino de Méjico; son unos montañeses de alta estatura, robustos en extremo, y tan

acostumbrados á los hielos del invierno como á los ardores del sol en verano. Estan armados constantemente, pasan su vida montados á caballo, y hacen marchas de ocho á diez dias atravesando arenales desiertos, sin llevar consigo mas provisiones que harina de maiz, que deslien en agua, cuando encuentran una fuente ó un charco en el camino. Algunos oficiales instruidos me han asegurado que seria difícil hallar en Europa una tropa mas ligera en sus evoluciones, mas impetuosa en los combates, ni mas acostumbrada á privaciones, que la de los presidios. Esta caballería no siempre puede impedir las incursiones de los indios, porque estos son unos enemigos que saben aprovecharse con mucha astucia de las menores desigualdades del terreno, y estan acostumbrados hace siglos á todos los ardides de las guerrillas.

La milicia provincial de la Nueva-España, cuya fuerza pasa de veinte mil hombres, está mas bien armada que la del Perú, parte de la cual, á falta de fusiles, hace el ejercicio con mosquetes de madera. En las colonias españolas, no es el espíritu militar de la nacion el que ha facilitado la formacion de las milicias, sino la vanidad de un corto número de familias, cuyos gefes aspiran á los títulos de coroneles y brigadieres. La distribucion de patentes y grados militares, se ha hecho un manantial fecundo de dinero, no tanto para el fisco como para los gobernadores que tienen grande influencia con los ministros. El furor de los títulos, que en todas partes acompaña al prin-

cipio de la decadencia de la civilización, ha hecho este tráfico muy lucrativo. Cuando se recorre la cordillera de los Andes, admira el ver en las pequeñas ciudades de provincia situadas en la loma de las sierras, transformados todos los negociantes en coroneles, capitanes y sargentos mayores de milicias. Como el grado de coronel da el tratamiento de señoría, que se repite sin cesar en la conversacion familiar, es fácil de concebir que este tratamiento es lo que mas contribuye á la felicidad de la vida doméstica, y por lo que aquellos criollos hacen los mas extraordinarios sacrificios de su dinero. Algunas veces se ven oficiales de milicias con grande uniforme y condecorados con real orden de Carlos III, sentados gravemente en sus tiendas, y ocupándose en las mayores menudencias concernientes á la venta de sus mercancías; mezcla singular de vanidad y de sencillez de costumbres, que admira al viagero europeo.

Hasta la época de la independencia de los Estados Unidos de la América setentrional, el gobierno español no habia pensado siquiera en aumentar el número de sus tropas en las colonias. Los primeros españoles que se habian establecido en el Nuevo Continente eran soldados; las primeras generaciones no conocieron allí ningun oficio mas honorífico y lucrativo que el de las armas, y el entusiasmo militar hizo desplegar á los españoles una energía de carácter, que iguala á todo cuanto nos ofrece de mas brillante la historia de las cruzadas. Cuando ya sujeto el indígena, llevó

pacientemente el yugo que se le habia impuesto, y los colonos viéndose tranquilos poseedores de los tesoros del Perú y Méjico, dejaron de alucinarse con el aliciente de nuevas conquistas, se perdió insensiblemente el espíritu guerrero. Desde entonces se prefirió la vida tranquila de los campos al tumulto de los ejércitos; la riqueza del terreno, la abundancia de las subsistencias, y lo hermoso del clima, contribuyeron á suavizar las costumbres; y aquellas mismas comarcas, que en el primer período del siglo décimo sexto no presentaban mas que el doloroso espectáculo de la guerra y el saqueo, han gozado, bajo la dominacion de los españoles, de una paz que ha durado dos siglos y medio.

Rara vez se ha visto perturbada la tranquilidad interior del reino de Méjico desde el año de 1596, en que bajo el vireinato del conde de Monterey, el poder de los castellanos se vió asegurado desde la península de Yucatan y el golfo de Tehuantepec, hasta las fuentes del rio del Norte y las costas de la Nueva California. En 1601, 1609, 1624 y 1692 hubo algunos movimientos de parte de los indios, y en el último, los indígenas quemaron el palacio del virey, la casa del ayuntamiento y las cárceles públicas, no hallando el virey conde de Galve * su seguridad sino protegido por los frailes de San Francisco. A pesar de estos acontecimientos, á que dió lugar la falta de

* Don Gaspar de Sandoval, conde de Galve.

viveres, la corte de Madrid no creyó necesario aumentar las fuerzas militares de la Nueva-España. En aquellos tiempos en que era mas íntima la union entre los españoles mejicanos y los europeos, la metrópoli no desconfiaba sino de los indios y mestizos; y el número de criollos blancos era tan corto, que por lo mismo se inclinaban generalmente á hacer causa comun con los europeos. A esta reunion de circunstancias debe atribuirse la tranquilidad que reinó en las colonias españolas, cuando á la muerte de Carlos II se disputaron dos príncipes extrangeros la posesion de la España. Los mejicanos gobernados en aquella época, primero por un descendiente de Motezuma, y luego por un obispo de Mechoacan, fueron espectadores tranquilos de la grande lucha que se empeñó entre las casas de Francia y Austria: las colonias siguieron sin replicar la suerte de la metrópoli, y los sucesores de Felipe V no empezaron á temer el espíritu de independencía, que desde el año 1643 se habia manifestado en la Nueva-Inglaterra, hasta * que se formó en la América setentrional una gran confederacion de estados libres.

Todavía crecieron los temores de la corte, cuando pocos años antes de la paz de Versalles, Gabriel Condorcanqui, hijo del cacique de Tongasuca, y mas conocido con el nombre de Tupac-Amaru, sublevó los indígenas del Perú, para restablecer en Cuzco el an-

* Robertson, tom. IV, §. X, pág. 307.

tiguo imperio de los Incas. Esta guerra civil, durante la cual cometieron los indios las mas crueldades atroces, duró cerca de dos años; y si los españoles hubiesen perdido la batalla en la provincia de Tinta, la atrevida empresa de Tupac-Amaru hubiera tenido funestas consecuencias, no solo para los intereses de la metrópoli, sino probablemente tambien para la existencia de todos los blancos establecidos en lo alto de las cordilleras y en los valles inmediatos. Por muy extraordinario que parezca este acontecimiento, sus causas no tuvieron la menor relacion con los movimientos que los progresos de la civilizacion y el deseo de un gobierno libre habian hecho nacer en las colonias inglesas. Separados del resto del mundo, y sin mas comercio que el de los puertos de la metrópoli, el Perú y Méjico no tomaron entonces ninguna parte en las ideas que agitaban los habitantes de la Nueva-Inglaterra.

De unos veinte años acá, los establecimientos españoles y portugueses del Nuevo Continente han experimentado variaciones muy notables en su situacion moral y política; y la necesidad de instruirse y de adquirir conocimientos ha sido consiguiente al aumento de la poblacion y de la prosperidad pública. El comercio libre con los neutrales, que la fuerza de las circunstancias obligaba á la corte de Madrid á conceder de tiempo en tiempo á la isla de Cuba, costa de Caracas y puertos de Veracruz y Montevideo, ha puesto á los colonos en relaciones con los anglo-ame-

ricanos, franceses, ingleses y dinamarqueses. Los colonos mismos han adquirido ideas mas exactas acerca del estado de la España comparado con el de otras potencias europeas; y la juventud americana, sacrificando una parte de sus preocupaciones nacionales ha tomado una predileccion manifiesta á favor de las naciones que estan mas cultas que la España europea. En tales circunstancias, no debemos extrañar que las alteraciones políticas ocurridas en Europa, desde 1789, hayan excitado el mas vivo interes en unos pueblos que mucho tiempo antes aspiraban ya á gozar de varios derechos, cuya privacion es á un mismo tiempo obstáculo para la pública prosperidad, y motivo de resentimientos contra la madre patria.

Esta disposicion de los ánimos movió á los vireyes y gobernadores de algunas provincias á tomar medidas, que muy lejos de calmar la agitacion de los colonos, contribuyeron á aumentar su descontento. Creyeron ver el gérmen de la revolucion en todas las asociaciones cuyo objeto era la propagacion de las luces. Se prohibieron las imprentas en algunas poblaciones de cuarenta á cincuenta mil habitantes; se consideraron como sospechosos de ideas revolucionarias muchos ciudadanos que, retirados al campo, leian en secreto las obras de Montesquieu, Robertson ó Rousseau. Cuando rompió la guerra entre España y Francia, se metieron en calabozos á varios infelices franceses establecidos en Méjico hacia ya veinte ó treinta años. Uno de ellos, temiendo ver renovado en su per-

sona el bárbaro espectáculo de un *auto de fe*, se quitó la vida en la cárcel de la inquisicion, y su cuerpo fue quemado en la plaza del Quemadero. En la misma época, el gobierno creyó descubrir una conspiracion en Santa Fe, capital del reino de Nueva-Granada; mandó encarcelar varios individuos porque se habian proporcionado algunos diarios franceses por medio del comercio con la isla de Santo-Domingo; y se puso en el tormento jóvenes de diez y seis años para arrancarles secretos de que no tenian la menor noticia.

Es muy justo, y no menos agradable, recordar en este lugar, que en medio de estas agitaciones algunos magistrados respetables, aun siendo ellos europeos, levantaron la voz contra estos actos de injusticia y violencia: representaron á la corte, que una política desconfiada no hacia mas que agriar los ánimos, y que no era con la fuerza, ni con aumentar el número de tropas compuestas de indígenas, como se conseguiria estrechar por largo tiempo los vínculos que unen las colonias á la península de España, sino gobernando con equidad, perfeccionando las instituciones sociales, y haciendo justicia á las reclamaciones de los colonos. Estos saludables consejos no se siguieron; ninguna reforma se hizo en el régimen colonial; y en el año de 1796, se vió la dominacion española á pique de encontrarse destruida de un golpe, por consecuencia de un gran movimiento revolucionario. Un comerciante rico de Caracas llamado don José

España, y don Manuel Wal oficial de ingenieros, residente en la Guaira, concibieron el osado proyecto de hacer independiente la provincia de Venezuela reuniendo con ella las de la Nueva-Andalucía, Nueva-Barcelona, Maracaibo, Coro, Varinas y la Guayana, bajo el nombre de las siete provincias unidas de la América meridional. M. Depons en su viage á la tierra * firme, ha descripto las consecuencias que tuvo esta revolucion abortada. Los confederados fueron presos antes que pudiese tener efecto el levantamiento general. España fue conducido al suplicio, en el cual vió acercarse la muerte con el valor de un hombre que habia nacido para ejecutar grandes proyectos; y Wal murió en la isla de la Trinidad, en donde habia hallado asilo, pero no socorros.

A pesar del carácter pacífico y de la extremada docilidad del pueblo en las colonias españolas; á pesar de la situacion particular de los habitantes, que, por vivir dispersos en una vasta extension de territorio, gozan de aquella libertad individual que siempre nace de la soledad, las alteraciones políticas hubieran podido ser mucho mas frecuentes desde la paz de Versalles, y principalmente desde 1789, si el odio mutuo de las castas, y el temor que inspira á los blancos y á todos los hombres libres el crecido número de negros é indios, no hubiesen contenido los efectos del descontento popular. Estos motivos, como ya lo he-

* Tom. 1, pág. 228, 233.

mos indicado al principio de esta obra *, han tomado todavía mas fuerza desde los acontecimientos de Santo Domingo; y no se puede dudar que ellos son los que han contribuido á mantener la tranquilidad en las colonias españolas mucho mas que las medidas de vigor y la creacion de los cuerpos de milicias, cuyo número asciende en el Perú á mas de 40,000 hombres, y en la isla de Cuba á 24,000 **. El aumento de la fuerza

* Tom. 1, cap. 1, pág. 10.

** Voy á reunir en esta nota las noticias que he adquirido sobre el número de tropas distribuidas en las colonias españolas. Cuando estuve la última vez en la Habana, que fue por la primavera, 1804, habia en la isla de Cuba sobre las armas:

I. Milicias disciplinadas: infantería,

En la Habana. 1,442 hombres.
En Puerto-Príncipe 721

II. Milicias disciplinadas, caballería,

En la Habana y su jurisdiccion. 517

III. Milicias rurales,

Al E. de la Habana y en Matanzas 7,995

Al O. de la Habana 5,688

Extramuros de la Habana. 5,368

En las cuatro villas. 2,640

En la de Puerto-Príncipe. 1,728

En la de Santiago de Cuba. 2,412

FUERZA TOTAL. 24,511

Parece cierto que la isla de Cuba podria poner para su defensa un cuerpo de ejército de 36,000 blancos, de 16 á 45 años. (Veáse cap. VII, tom. 1, pág. 229.) La fuerza armada de la isla de Cuba es muy superior á la de la capitania general de Caracas, que en las provincias de Venezuela, Nueva Andalucia ó Cumaná, Maracaibo,

armada prueba tanto mas como ha ido creciendo la desconfianza de la metrópoli, cuando en la costa de Caracas no hubo tropas veteranas antes del año 1768, y en el reino de Santa Fe, por mas de dos siglos y medio, no conoció el gobierno la necesidad de las milicias. Estas no se formaron hasta 1781, cuando la introduccion del estanco del tabaco y los derechos sobre el aguardiente excitaron algunas alteraciones populares.

En el actual estado de cosas, la defensa exterior de Nueva-España, no puede tener otro objeto que el de preservar el pais de cualquier invasion que pudiera intentar alguna potencia marítima. Las provincias internas estan separadas del territorio de los Estados-

Guayana y Varinas, no pasa de 11,900 hombres, entre los cuales apenas hay 2500 europeos. En el Perú, en 1794, habia:

De tropas veteranas.	12,000 hombres.
De milicias, de las cuales $\frac{1}{4}$ de caballería.	49,000
TOTAL	61,000

Esta lista la he tomado de la guia política de Lima impresa de orden del virey. Ya hemos observado antes, que parte de estas milicias, estando armadas con fusiles de palo, son poco temibles. Segun algunos documentos oficiales que conservo, habia, en 1796 en el reino de la Nueva Granada, 3600 hombres de tropas veteranas, acantonados en Santa Fe de Bogotá, Cartagena de Indias, Santa Marta, el Istmo de Panamá, Popayan y Quito, y 8400 hombres de milicias. Segun M. de Sainte-Croix en las islas Filipinas se cuentan 5500 hombres de tropas veteranas y 12,200 de milicias. Resumiendo todo lo que he recogido sobre las colonias españolas de América, me ha parecido que de su poblacion total, de 14 á 15 millones de habitantes, hay 3,000,000 de blancos, 300,000 europeos, y cuando mas 26,000 hombres de tropas europeas.

Unidos por unas sabanas áridas muy parecidas á los arenales de la Tartaria. Solo en estos últimos tiempos los habitantes de la Luisiana han penetrado hasta la ciudad de Santa Fe de Nuevo-Méjico por el Misury y el rio Plate. Es verdad que el Arkansas y el rio Colorado de Natchitoches, que mezclan sus aguas con las del Misisipí, nacen en las montañas vecinas de Taos; pero es tan difícil el remontar estos rios á causa de la rapidez de su corriente, que las provincias boreales del reino de Méjico estan tan poco expuestas á un ataque por aquel lado, como los Estados-Unidos y la Nueva-Granada por el Ohio ó el rio de la Magdalena.

Mas allá de los 32° de latitud boreal, la naturaleza del suelo y la extension de los desiertos inmediatos al Nuevo-Méjico ofrecen á los habitantes una barrera segura contra la invasion de cualquier enemigo extranjero. Mas al S. entre el rio del Norte y el Misisipí se presentan de frente varias líneas de rios, y por esta parte es por donde los colonos de la Luisiana se aproximan mas á los mejicanos, habiendo solo sesenta leguas desde el castillo Clayborn, en el condado de Natchitoches, hasta el presidio mejicano de Nacogdoch. En esta parte de la intendencia de Potosí el terreno contiguo á las costas es pantanoso; y no empieza á elevarse sino hácia el N. y el NE.; y en medio de los llanos que juntan el alveo del rio de Norte con el del Misisipí es donde parece que el rio Colorado de Tejas presenta la posicion militar mas